

Un museo de la paz en la frontera.

La frontera pirenaica, lejos de ser una barrera, ha sido históricamente para la gente de la zona un territorio de conexión e intercambio, atravesado por un flujo constante de personas, mercancías y trabajadores de ambas vertientes. En efecto, los habitantes de los territorios de ambos lados de los Pirineos han ido de un lugar a otro en función de sus circunstancias personales y de las distintas situaciones económicas o políticas. Vínculos familiares, comerciales y laborales han articulado una comunidad, a pesar de no tener una base institucional y administrativa.

Durante unos años (1936-1945), el paso de la frontera se convirtió en un objetivo vital obligado para miles de víctimas de la guerra y la represión. Los fugitivos de las dictaduras instauradas en ambos lados protagonizaron una epopeya que merece ser recordada y preservada para las generaciones futuras, para que conozcan la necesidad de proteger la paz y la democracia, así como su fragilidad.

Se calcula que, entre la ocupación alemana de Francia y la liberación del país, llegaron a ser unos 60.000 los evadidos que salvaron la frontera buscando la libertad. De esos, unos 2.600 pasaron por la prisión de Sort.

El redescubrimiento de las difíciles experiencias vividas por tantas personas en aquella Europa convulsa de la primera mitad del siglo XX nos recuerda, a los europeos del nuevo siglo, la larga lucha y los sacrificios que han sido necesarios para construir una sociedad democrática que quiere creer en los valores de la cultura de la paz y de la convivencia, que nunca se alcanzaron de manera definitiva. Y nos enfrenta a nuestra propia historia, cuando aún son muchos los que intentan encontrar la paz al otro lado de una frontera.



